la señora devota y el vicario han tratado de catequizarme.

—¿De veras?—exclamé yo lleno de gozo;—¿le han hallado á usted ya alguna plaza?...

—Una plaza de holgazán, sí. Parece que el guarda de su cementerio no puede ya... y ¿no han tenido la idéa de meterme allí para ayudarle?

—¿Y usted lo ha rechazado?

—¡Voto á bríos!... Será uno desgraciado, pero todavía sabe respetarse.

La campana de la iglesia se puso á tocar. Pedro mudó de color y se le enaguaron los ojos encendidos.

—¿Cree usted que esto es ya por ella?—me preguntó con voz ahogada.

VI

EN EL HOSPITAL

PEDRO estaba profundamente conmovido, prosiguió Juan,—al preguntarme si el toque de la campana "era ya por Adela;" yo, sin embargo, le respondí con severidad:

—Por ella es, y por usted todavía más que por ella, amigo mio. Ella ya no tiene voz, ó mejor dicho, ese tañido es su voz que le dice á usted: "Yo no tenía más que á tí sobre la tierra y tú no tenías más que á mí. ¿Serás capaz de abandonarme en mí último viaje?"

Pedro titubeó, y le oí refunfuñar:

—Pero eso de ir en fila con las sotanas, seamos justos, eso no puede ser.

—Pedro—le repliqué;—si usted falta á ese deber, será usted un cobarde, y no serán los demás los que le traten á usted de fullero: seré yo.

Una ráfaga de ira brilló en sus ojos; pero la palabrota que se le venía á la boca se perdió en un sollozo, y me cogió las dos manos balbuciendo:

—¡Usted es un hombre de bien, usted! ¡Ah, pobre

Adela! Harto cierto es que ya no tiene voz... ¡No hay dignidad que valga! Yo iré con los curas .. iría, si fuera necesario, con los prusianos...

Juan fué aquí de nuevo interrumpido en su narración por el fragor de un terrible combate empeñado detrás del emparrado entre Facio y Berta.

Esta vez no parecía que Facio fuera el vencedor, pues lanzaba un prolongado grito de angustia.

Cuando hubimos separado, no sin trabajo, á estos dos eternos enemigos, se averiguó que Berta había agarrado á Facio por el pelo á traición, y le había derribado sin dar euenta. Interrogada Berta sobre los motivos de semejante atentado, respondió haciendo pucheros:

—¡Así! Para eso yo no fuí quien empezó, que fué él. El decía que mi papá quería más á su papá Pedro que á mamá María, puesto que papá no habla jamás de mamá María en casa!

—Es que ella me había dicho antes de eso—replicó Facio—que mi papá Pedro era un pobre de los que andan pidiendo por las calles, y que su mamá era una señora muy hermosa... ¡Así!

—Mi mamá—exclamó Berta,—era á lo menos hija de papá...

—Pero no era hija de mi madrina Magdelena. ¡Buen seguro!

Juan cogió á Facio por una oreja, de lo cual se aprovechó Berta para tirarle esta última pedrada:

—Yo estoy en mi casa, y tú no.

Juan soltó la oreja de Facio para atrapar á Berta; pero ésta se le escapó dando gritos desgarradores, entre los que se percibían estas palabras:

—Papá quiere más á Facio que á mí, y mamá me detesta... me voy á ir por el mundo.

Se había parado la niña á diez pasos de nosotros, y miraba á Juan muy esquiva y huraña,

—¿Quieres que la coja yo, padrino?—dijo Facio.

Juan le rechazó tan bruscamente, que el pobre muchacho vino á caer entre mis rodillas.

—¡Ay!—me dijo muy bajito y con el corazón atribulado;—esa niña le dá muchos disgustos..... ¡y yo también!

Y de un solo brinco, mayor que el salto de un hombre hecho y derecho, Facio se puso junto á Berta y la ciñó con ambos los brazos, como dicen los luchadores.

Lejos de pegarla como solía, trataba de abrazarla, y como la niña se resistiera, le oí perfectamente á Facio decirla al oido:

—Es por no entristecer á tu padre. Haz como que me abrazas.

Y entónces Berta, sin vacilación alguna, se le echó al cuello.

—Soy muy mala, Facio,—decía—soy muy mala! Tú, Facio mio, eres mucho mejor que yo.

Y formaban entre los dos un grupo encantador, en el que había sonrisas y lágrimas, perdón y cólera, candor y un si es no es de travesura.

Yo miraba á Juan, que estaba como en extásis, y Juan se tornó al fin á mirarme con los ojos bañados en lágrimas, y me dijo:

—¿Crees tú en la herencia de las almas? Facio no es más que el pobre Pedro Blot antes de ser visitado por Tartufa, con algo quizás de la pobre Adela, de aquella

pecadora-mártir, á quien yo no he conocido. Quiero mucho á Facio... ¡pero á Berta! ¡ah! á Berta la quiero demasiado: ¡Facio tiene razón! La amo tres veces. Porque es María, el amor de mi juventud, mi mujer, mi imperecedero recuerdo... Es también la otra María, su madre, mi hija, la profunda y dolorosa ternura del estío de mi vida, aquella de quien Dios se sirvió para moler y triturar todas las fuerzas de mi corazón y arrojarlas hechas polvo á los piés del Consolador divino... Es también Berta, la florecilla nacida del barro de una tumba; el reflejo fiel de lo pasado, la huella viva de tantas alegrías y de tantas amarguras: es todo lo que yo he querido fuera de mi familia que dejé tan joven! Es toda la luz y toda la sombra de mis postreros dias. No tengo más que á ella fuera de Dios y fuera de mi anciana y santa esposa Magdalena, que por la misericordia de Dios vela por mí, y que es para mí la tranquilidad, el sueño, y á manera de recuerdo dulcísimo... ¿Qué será de esta niña, que es ahora fea como mis dos Marías, y que, como mis dos Marías, llegará á ser maravillosamente bella? Es un demonio que la primera comunion convertirá en ángel; pero ¿después? Ya ves tú, cuando se trata de ella arguyo contra Dios... ¡Hágase su voluntad divina! Esto lo digo, pero lo digo muy tarde y muy bajo. Magdalena es la madre de mis otros dos hijos; pero no puede amar á Berta como ama á sus hijos. Y es menester que Magdalena proteja á Facio contra todos, hasta contra mí mismo, que no tengo corazón más que para Berta, según dicen. ¿Hubieras adivinado que había en mi cueva sitio para tantas cosas, á más de la estufa y de mi mesa llena de libros viejos?... ¡Venid ambos á dos!

Esto último iba dirigido á Facio y á Berta, que se aproximaron inmediatamente con los brazos entrelazados.

Mis hijos les seguían, dispuestos á implorar para ellos el perdón; pero no había ya necesidad de eso. Juan repartió muy equitativamente sus caricias entre los dos culpables perdonados, y les preguntó:

—¿Andábais todavía á la escucha?

—¿Qué quieres, papá?—respondió Berta;—cuando tú cuentas algo, hacemos lo que podemos por escuchar.

—¡Y cuentas las cosas tan bien, padrino!—añadió la serpiente de Facio.

Juan se volvió hacia mí.

—El caso es—me dijo, teniendo á Facio sentado sobre una de sus rodillas y á Berta sobre la otra,—que te estoy abrumando con relaciones, mientras que en mi casa hace ya tiempo que no les doy ese gusto. Cuando charlo contigo, siempre estoy en la idéa de que siembro grana de libros... Idos á jugar, encantos mios, que hoy va á haber una gran historia.

—¿Sí? ¿Y para nosotros también?—exclamaron mis hijos.

—Para todo el mundo, á no ser que vuestro padre se canse una vez de mí. Vamos, ¿tienes algún convidado á comer?

—No, que yo sepa al menos—le respondí.

—¿Comes tú fuera?

—No.

—Pues entónces envía un recado á Magdalena diciéndola que nos quedamos en tu casa. Y vosotros, á jugar

un partido al marro. Ya se os llamará cuando venga la historia.

Los niños se dispersaron como una bandada de pájaros.

Cuando nos quedamos solos otra vez Juan y yo, me dijo él:

—Ya has tenido tiempo de olvidar la *primera etapa* de mi conversión.

—La tengo tan presente—le contesté—como si me la hubieras contado esta mañana.

Me estrechó la mano sonriéndose y murmuró:

—Ya lo sé; pero tengo placer en oírtelo decir. Tu cara esposa me ha confesado que les habías referido *la muerte del padre* á ella y á tus hijos, y parece que han llorado...

—Mucho. Está hecha para eso.

—No, no está hecha para eso. Tú eres demasiado joven para haber conocido al señor Barante, allá cuando estaba en boga. Había resucitado aquella antigua sentencia *scribitur ad narrandum*, pretendiendo que la lección provechosa no se encuentra en las reflexiones del historiador, sino en la imparcial brutalidad del hecho desnudo. Ya puedes figurarte el éxito que esto tendría entre los que leen saltando páginas. Muchos escritores se tomaron el trabajo de refutar su sistema; pero se detuvo aquella imponente oleada de tinta cuando se probó que el señor Barante disertaba como cada hijo de vecino siempre que le caía la ocasión, y que no había nada en el fondo de su nuevo sistema, sino aquella vieja treta de exclamar: "¡no disertemos!" cada vez que había tenido necesidad de disertar. Yo por mí, confieso francamente que si no tuviera nada que probar, me callaría. *Scribitur ad probandum* sería mi divisa si yo mereciera tener una divisa, ó cuando mucho, permitiría "escribir para narrar" á condición de "narrar para probar."

Ya te lo he dicho desde el comienzo de mi primera narración; yo he querido mostrar en el conjunto de mis recuerdos la conversión, beneficio supremo de Dios, ó más bien, Dios mismo caminando con paso misterioso al través de los acontecimientos que forman la vida de un hombre, depositando un germen bajo cada suceso y aprovechándose de toda felicidad y principalmente de toda desgracia para marcar la vía por donde Dios desciende al hombre y por donde el hombre ha de subir á Dios.

No hay nada más que Dios en todo eso. Y si alguna vez me acontece invertir el orden de los tiempos, como lo hago aquí hablándote de Pedro Blot, cuya aventura, posterior á mi conversión, no debía entrar en mi cuadro, es porque Pedro Blot, según el orden simétrico de mis idéas, corresponde á Tartufa-pagano, y Tartufa-pagano fué después de Dios el más poderoso obrero de mi salvación.

La misericordia divina toma, en efecto, los corazones según son en sí. La caridad convierte á las almas buenas: las otras, como la mia, que no es buena (¡Vos lo sabeis, Jesús mio!) necesitan que el mal, providencialmente manejado, las suscite por medio de ese reverso de la generosidad que se llama la indignación.

El odio instintivo que yo tengo á la culebra, me ha servido tanto ó acaso más que mi afección demasiado tibia hacia el pobre animal á quien devora.

Yo conocía á Tartufa antes de toparme con Pedro

Blot. Tartufa me había ya hecho derramar lágrimas de sangre, y ya llevaba yo luto por mi hija martirizada...

Mas ¿para qué quiero defender aqui mi cronología? No es un libro lo que te voy dando, sino lo necesario para hacer el libro del viaje de Dios en busca de un alma. Tú dispondrás como quieras estas piedras y tú las labrarás á tu modo.

Te iba diciendo que nuestro primer episodio, *la muerte del padre*, no estaba hecho para provocar ese enternecimiento un tanto frívolo que nos acomete en el teatro y que se traduce en un torrente de lágrimas contagiosas que humedecen á la vez trescientas docenas de pañuelos que han ido allí con la decidida intención de humedecerse y que se vuelven descontentos si no se les hace recibir lágrimas en el peso y medida correspondientes al precio de las localidanes. De todos los juegos de pluma, odiosamente fáciles, bien sabes que el más simple es el que consiste en humedecer el pañuelo de los espectadores del domingo en el *boulevard*. Sujetos hay á quien la explotación de las lágrimas ha elevado al rango de notables comerciantes literarios, y no serían capaces de responder en el exámen de los estudiantes de segundo año de Instituto.

En nuestros dias ¡ay me! las lágrimas, esas perlas del corazón, están envilecidas, como todas las cosas, por el tráfico, y yo desconfío de ellas.

No; la relación de la última hora de mi padre no está "hecha para eso," como tú has dicho; no es una lamentación; es un cántico de acción de gracias. No es tampoco la caida de la tarde de un hermoso dia; es la aurora de un dia espléndido.

Y aquí tienes por qué precisamente esta etapa marca con un jalón tan brillante como un faro el camino de mi retorno á la esperanza; porque me llegó una vez la hora en que, en medio de un inmenso desfallecimiento de todo mi sér y en la oscura noche que me envolvía, ví lucir esa sonrisa del pasado, esa muerte blanca como un bautismo, y me dije: ya sé dónde está el puerto, y conozco la corriente que lleva á ese puerto.

De este pensamiento, á la voluntad de dejarme llevar hacia el puerto, frágil despojo, náufrago perdido entre las olas, no había más que una lágrima, y Dios la esprimió ardiente de mi corazón para hacerla asomar á mis ojos; pero una verdadera lágrima que no se la podría acuñar para el teatro...

Parece que en el momento en que acababas de repetirles mi relación en tu casa, todo el mundo te preguntó por la continuación, y que tú les respondiste de muy mal humor: "La continuación no la sé porque ese bruto de Juan me ha dejado aquí con la boca abierta..."

Quise protestar contra la palabra bruto, pero Juan me detuvo con un gesto.

—No todos los dias tiene uno la llave de los recuerdos,—me dijo.—Eso es un estado de gracia que viene á su hora. Hoy pensaba yo haber hablado á tus niños y á los mios de su primera comunión, de ese gran dia que se va acercando para toda esta gentecilla menuda. ¿Pensais mucho en esto en tu casa?... Y en lugar de hablarles de su primera comunión, voy á hablarles de la mia, lo cual será mejor acaso. Pero antes necesito concluir con Pedro Blot y con su culebra. Continuemos.

Me costó en verdad algún trabajo el impedir á Pedro

Blot que se suicidara: era eso para él como un punto de honor, y se representaba Adela aguardándole bajo no sé qué forma y no sé en qué sitio. Porque ellos no creen en nada, es verdad; pero creen en todo. Explícatelo si puedes.

Niegan la inmortalidad del alma, y van al cementerio á hablar... ¿con quien, con quien entónces?

Después del entierro, en el que Pedro estuvo cabal en punto á decencia, sentimiento, y hasta respeto, empleó todo el resto del dia en conversar con Adela en el campo santo. Allí tuve necesidad de ir á buscarle, ya entrada la noche.

Algo habló de tirarse al agua á la mañana siguiente desde el puente de Suresnes; mas la persistencia con que yo pensaba en él le maravillaba y le conmovía. Cuando le dije que iba á estarme aún todo el dia en Nanterre, me dió las gracias casi con entusiasmo, porque no se le ocultaba que era por causa suya. Durmió en casa de la misma señora y abrazó á Facio llorando. Magdalena le dijo:

—Este angelito acaso esté ya más adelantado que su padre. ¿Está usted bautizado siquiera?

—En la edad en que eso se hace—respondió Pedro—no era yo capaz de defenderme. He debido pasar por eso seguramente, pero no es mia la culpa.

Yo dormí todavía aquella noche en casa de mi amigo el doctor, que me abordó muy en serio en el terreno político, para decirme que el orden social tiene dos enemigos á cual más venenosos: Pedro Blot y yo; los radicales y los clericales; dos clases de malhechores igualmenmente dañosos; unos que obedecen al diablo y otros que

obedecen á Dios. Para bien ser, hay que ir bordeando entre Dios y el diablo, pues toda prudencia consiste en el medio: tal era la filosofía del doctor.

A fuerza de bordear de esta manera esas pobres gentes, los liberales, acaban siempre por encontrarse con el escollo del despotismo ó con el de la anarquía, y allí encallan, gritando tan pronto ¡viva el orden! como ¡viva la libertad! El doctor admitía esto respecto al pasado; pero estaba seguro del porvenir, que pertenecía á la cerveza de Nanterre.

Divertíame yo en probarle que Pedro Blot era hijo legítimo de su cantinela materialista, y que yo, el oscurantista, me pasaba la vida desde hace cuatrocientos años defendiendo á la autoridad, es decir, á la patria, contra los facciosos de todo linaje, y que en cada revolución los libres-asesinos andaban conmigo á hachazos y á tiros para celebrar el triunfo del progreso. Pero el doctor me llamó "sanguijuela del pueblo," y me declaró que todavía no se me había guillotinado ni fusilado bastante.

—Si no fuera por ustedes—me dijo—ó mejor dicho, si no fuera por Dios que es una exageración, y por mi cuñado, que es su profeta, el mundo marcharía, porque ese es su oficio. Yo no quiero ni guillotina ni fusilamientos; yo por mí no haría mal ni á una mosca; pero mientras mi cuñado no sea liado como un fardo y puesto á la sombra, jamás tendremos paz en Francia.

Era este doctor de carácter tan alegre que casi no se sabía cuándo hablaba en broma ni cuándo expresaba con sinceridad su pensamiento; mas esto no impedía ver el fondo de su doctrina. Para él Francia se encarnaba en

la cervecería de Nanterre, frecuentada por «la clase ilustrada,» todos hombres de bien que sabían leer el periódico que vende al pormenor cura cocido; todos liberales, tolerantes y hasta generosos, mientras que no se trata ni de Pedro Blot ni de los clericales; con un miedo horroso á los salteadores, pero aborreciendo á los gendármes; tirando piedras al gobierno y acariciando al motín que les haga temblar de susto; muy orgullosos de su bienestar, desconfiando de los que son más pobres que ellos, odiando á los que son más ricos... ¡Ibetot, en una palabra: el reino, la parroquia, la república de Ibetot! Todo el talento y todo el corazón de Ibetot, toda la política y toda la poesía de Beranger, Píndaro documentado de Ibetot, zapatilla montada en lira, musa coronada de laurel...en salsa, y cuya aureola es un gorro de algodón, todo ribeteado de coplillas indecentes... No os riais de Beranger, ni de su botella, ni de su parra, ni de su liberalismo, ni de su lubricidad: no os riais de Ibetot. En Francia, en la patria de Corneille y de Hugo, Beranger es el poeta «nacional»... Ibetot puede llegar á ser la capital de Francia...

Ahora bien; Pedro Blot es un amargo dolor que aborrece á Dios y que blasfema contra Dios. Se puede hablar con Pedro Blot, nunca con Ibetot, que es una obesidad sin odio y sin amor; un vientre, una cosa que no se desazona ni siquiera con Dios.

El doctor y yo hemos quedado buenos amigos. Le han dado una condecoración, y no quiere que nadie diga mal del orden establecido. A lo más se permite hacer todavía de cuando en cuando desde el fondo de la cervecería de Ibetot una advertencia al Gobierno, para

obligarle á desconfiar más y más del clericalismo. El es el que ha hecho y hará todas las revoluciones. Por causa de su cuñado.

¿Y Mazagrán? ¡Ah! Eso ya es harina de otro costal. Ese no se hace nunca conservador por un simple cintajo. Le han hecho diputado, le han hecho otra cosa mejor. La última vez que Pedro Blot vino á ver á Facio, llegó á mi casa todo salpicado por el coche ministerial de Mazagrán, y me dijo acepillándose: «¡Ah, farsante! Ha echado los tiranos afuera para ponerse él las botas, y la camisa y el gabán. Y todo continúa lo mismo que antes salvo que ahora es él el que paga los polizontes.»

Lo más curioso es que Pedro Blot no se desama de Mazagrán por eso. Es la historia natural del sapo que ama á pesar de todo á la culebra. Evidentemente le gusta á Pedro Blot ser manteado por Mazagrán, y en cuanto Mazagrán desdeña el mantearle, Pedro Blot tiene sed de Mazagrán como del ajenjo, y aun creo que en materia de venenos prefiere á Mazagrán sobre el ajenjo, porque embrutece mejor y más aprisa...

Callóse aquí Juan, y le pregunté:

—En resumidas cuentas ¿convertiste á Pedro Blot?

—Sí, sí,—me respondió:—más de veinte veces. No puedes formarte idéa de la disposición de esos desgraciados para el bien como para el mal; pero Mazagrán ó los que le reemplazan en las reuniones cuando Mazagrán ha hecho su negocio, concluyen siempre por llevárselos con el aliciente del vicio.

El vicio es la fatalidad de los pobres.

Pedro Blot no se tiró al río desde el puente de Suresnes ni desde ninguna parte, y aceptó la plaza de

guarda del cementerio, donde permaneció tranquilo cerca de dos meses.

Venía á ver á Facio cada ocho dias á París, y Magdalena me decía: "¿Sabes que va á ser mejor que tú y que yo en cuanto cumpla con Pascua?"

Y verdaderamente estuvo muchas veces á punto de confesarse y comulgar. Una de las religiosas de Nanterre le había tomado por su cuenta. Sentía él hacia ella una afección parecida al culto, y también me quería mucho á mí. Pero en esto llegaron las elecciones memorables, que han hecho de Mazagrán un hombre de Estado.

Era poco antes de la guerra: abríase la egira de la borrachera. El boulevard, ese lugar maldito, cansado ya de elegancias, lavaba sus trapos en el arroyo. *Fígaro* compraba un gancho, alquilaba un cuévano y encendía una linterna para buscarse la vida por los muladares. El mismo *Journal des Debats*, ensayando seniles calaveradas, aprendía el arte de *aculotar* las pipas en el figón de los Bertines.

Francia titubeaba y vacilaba toda, porque Mazagrán, ya borracho, había exhumado del cementerio de Montmartre un órgano viejo de barbarie que sabía refunfuñar la *Marsellesa*.

Por espacio de tres semanas Pedro Blot bebió política cruda. Abandonó su plaza, y tornó á dominarle la enfermedad del ajenjo.

Así vegetó largo tiempo, viviendo en la miseria. De cuando en cuando daba una vuelta por Nanterre á ver á la religiosa, que se murió antes que él.

Entónces fué cuando le vimos el corazón. Cayó enfermo y vino á pasar la tiritona de la calentura á nuestra casa, donde Magdalena le cuidó como una madre. Mezclaba los dos recuerdos de Adela y de la religiosa; y allá á su manera rezaba algunas veces, aunque otras veces blasfemaba como por gusto, y hacía gala del odio que tenía á Dios.

Cuando refería lo que había sufrido en su vida, de verdad daba lástima. ¡Un martirio rudo y continuo sin abnegación ni resignación: enfermedad, hambre, sed, frío, cólera, envidia... ¡y jamás un átomo de esperanza!...

¡Ni una recompensa; ni un consuelo!

¡Ni siquiera un resto de confianza en los mismos que le habían arrancado el corazón!

Cuando estos víctimas de la estúpida ambición de Tartufa Catilina no llegan á ser positivamente facinerosos, hay que agradecérselo y admirarles.

Pedro se puso bueno y se fué y después volvió para marcharse de nuevo y volver á venir y volver á marchar.

Salvo el ajenjo, era sobrio como un dromedario, y vivía con nada: fué menester mucho tiempo para matarle.

Por fin un domingo por la mañana, el médico primero del Hospital, que continuaba siendo mi amigo aun después de mi ruina, *¡rara avis!* subió á mi casa y me dijo:

—¿Es verdad que eres tú el camarada de un bribón rematado que se llama Pedro Blot?

—Sí, yo soy—le contesté,—y más que su camarada. Nos hemos frotado la nariz el uno contra el otro como los salvajes de Madagascar cuando hacen alianza, y somos hermanos en miseria. ¿Está enfermo?